

Recuperar la mirada clásica

El paso de la Ilustración al Romanticismo

SIGLO XVIII

El reconocimiento

En pleno tiempo de predominio de la razón, nos encontramos con un escritor, **Juan Meléndez Valdés** (1754-1817), que en su poema titulado *La presencia de Dios* reconoce la grandiosidad de un Dios

que habla por la voz de toda la creación. El texto comienza dirigiéndose, en una segunda persona lírica, al Señor del cosmos. Los ojos del poeta son como antorchas que abren caminos de lucidez en el universo, y el reconocimiento de esta verdad apunta a la capacidad contemplativa del escritor, quien

Doquiera que
los ojos /
inquieta torno
en cuidadoso
anhelo, /
allí ¡gran Dios!
presente /
atónito mi espíritu
te siente. /
Allí estás,
y llenando /
la inmensa
creación,
so el alto empyreo, /
velado en luz,
te asientas /
y tu gloria
inefable a un
tiempo ostentas.

JUAN MELÉNDEZ VALDÉS



mediante el empleo repetido del deíctico "allí", apunta a la inmensidad cosmológica y a la intensidad de la presencia de Dios en ella:

Doquiera que los ojos /
inquieto torno
en cuidadoso anhelo, /
allí ¡gran Dios!
presente /
atónito mi espíritu
te siente. /
Allí estás,
y llenando /
la inmensa creación,
so el alto empíreo, /
velado en luz,
te asientas /
y tu gloria inefable
a un tiempo ostentas.

Esa gloria "inefable" deja su huella sobre lo pequeño y lo grande, sobre lo que está abajo y lo que está arriba, es decir, sobre la "hierbecilla", y el "monte", sobre "las hojas" y "el sol". Este recurso basado en la contraposición de los extremos, que tan bien supo emplear san **Juan de la Cruz** en su

Cántico espiritual, también es usado por Juan Meléndez Valdés para hablar de la totalidad de un universo que señala a Dios con su belleza. No puede ser de otro modo, en un tiempo que intentaba recuperar la mirada de los clásicos, la armonía pitagórica vuelve a hacerse presente en la obra de Meléndez Valdés:

La humilde hierbecilla /
que huella,
el monte
que de eterna nieve /
cubierto se levanta, /
y esconde
en el abismo
su honda planta; /
el aura que
en las hojas /
con leve pluma
susurrante juega, /
y el sol que
en la alta cima /
del cielo ardiendo
el universo anima, /
me claman
que en la llama /
brillas del sol, que sobre
el rauda viento /
con ala voladora /
cruzas del occidente
hasta la aurora, /
y que el monte
encumbrado /
te ofrece un trono
en su elevada cima; /
la hierbecilla crece
por tu soplo vivífico,
y florece.

La inmensidad, señal y reflejo de su origen, habla más de la trascendencia y de la belleza que de la intimidad de un Padre. El Dios que comunica Meléndez Valdés es hijo de su tiempo, un tiempo racional-

lista que mira hacia fuera en lugar de contemplar el interior del hombre. Por eso, los extremos se tocan y sirven como cauce para hablar de la grandiosidad de un Dios que se manifiesta tanto en el "insecto" como en el "elefante", tanto en el "átomo" como en el "cometa":

Tu inmensidad lo llena /
todo, Señor, y más:
del invisible /
insecto al elefante, /
del átomo
al cometa rutilante.

También la luz y la oscuridad participan de esta presencia que, aunque en Meléndez Valdés se expresa en lo externo, al lector actual le permite acceder a su propio interior. Este escritor, como ya hicieran otros antes (recordemos de nuevo a san Juan de la Cruz), consigue que el lector perciba la realidad con todos sus sentidos. Entre ellos, especial importancia tiene la vista, que se manifiesta en matices como "oscura", "pardo", "oro", "grana"... que pintan un óleo colorista y tremendamente sensual.

Tú a la tiniebla oscura /
das su pardo capuz,
y el sutil velo /
a la alegre mañana, /
sus huellas matizando
de oro y grana;

El mundo creado por Dios es para este escritor un mundo alegre que señala y dibuja la alegría de su creador, que "afable ríe" en él. También el olfato se incorpora a las vías de acceso y de disfrute de un hombre que no deja de estar agradecido ante esta paleta pictórica de luces, colores y aromas: ➔

En un tiempo donde la realidad
se percibe por los sentidos,
el universo señala a Dios





Y cuando primavera /
desciende
al ancho mundo,
afable ríes /
entre sus gayas
flores, /
y te aspiro
en sus plácidos
olores.

JUAN MELÉNDEZ VALDÉS

➔ Y cuando primavera /
desciende al ancho mundo,
afable ríes /
entre sus gayas flores, /
y te aspiro en
sus plácidos olores. /
Y cuando el inflamado /
Sirio más arde en
congojosos fuegos, /
tú las llenas espigas /
volando mueves,
y su ardor mitigas.

Luz y sombra danzando en un ritmo eterno que también roza la piel y hace del tacto un don maravilloso en el "frescor regalado" del "bosque umbrío". Meléndez Valdés hace de todos los sentidos una aproximación privilegiada a un mundo bello que invita al hombre a disfrutar de él, y le permite aliviar el cansancio que procede del mundo:

Si entonces al bosque umbrío /
corro, en su sombra estás,
y allí atesoras /
el frescor regalado, /
blando alivio a
mi espíritu cansado.

El poema continúa en una letanía en la que el poeta repite cada uno de los dones de forma insis-

tente, como si quisiera añadir agradecimiento tras agradecimiento, y recordar al lector que nunca es suficiente la misericordia descubierta detrás del "silencio" de tanta gracia regalada, ante la que el hombre vuelve a sentirse pequeño:

Un religioso miedo /
mi pecho turba,
y una voz me grita: /
"En este misterioso /
silencio mora; adórale
humildoso".

A partir de este momento y hasta el final del poema, el escritor creyente acumula las señales, los índices y los rastros que hablan del origen luminoso de este universo que extrema su esplendor en cada mirada. Y así canta: "Pero a par en las ondas / te hallo del hondo mar: los vientos llamas, / y a su saña lo entregas, / o, si te place, / su furor sosiegas. / Por doquiera infinito / te encuentro, y siento en el florido prado / y en el luciente velo / con que tu umbrosa noche entolda el cielo / que del átomo eres / el Dios, y el Dios del sol, del gusanillo / que en el vil lodo mora, / y el ángel puro que tu lumbre adora. / Igual sus himnos oyes, / y oyes mi humilde voz, de

la cordera / el plácido balido, / y del león el hórrido rugido; / y a todos dadivoso / acortes, Dios inmenso, en todas partes / y por siempre presente".

Sólo en los últimos versos del poema vemos transformarse la descripción contemplativa en oración expresa. El final del poema se vuelven ruego de "ardor celestial", petición de conservar el gozo que produce el reconocimiento de Dios en todo. Sólo quien ve al creador en cada criatura, sea la naturaleza de ésta la que sea, es capaz de mirar como igual al hermano diferente en raza o en origen. En su desenlace, el texto se vuelve hermoso deseo de unión de todo: creador y criatura:

¡Ay! Oye a un hijo
en su rogar ferviente. /
Óyele blando, y mira /
mi deleznable ser;
dignos mis pasos /
de tu presencia sean, /
y doquier tu deidad
mis ojos vean. /
Hinche el corazón mío /
de un ardor celestial
que a cuanto existe /
como tú se derrame /
y ¡oh Dios de amor!
En tu universo te ame. /

Todos tus hijos somos: /
 el tártaro, el lapón,
 el indio rudo,
 el tostado africano /
 es un hombre,
 es tu imagen y
 es mi hermano.

SIGLO XIX

La humildad

El siglo XIX tiene una de sus magistrales representantes en **Rosalía de Castro** (1837-1885). Mujer compleja en el terreno de la fe que, en el siguiente poema, refleja la transición del neoclasicismo al romanticismo. Frente a la inmensidad de lo creado que también reconociera Meléndez Valdés, Rosa-

lía de Castro introduce la perspectiva de lo personal. La grandiosidad en este caso sirve a la poeta para enfrentarse con su limitación personal, y en un arranque extremo de humildad se reconoce como "menos que un átomo leve, perdido en el universo":

Si medito en
 tu eterna grandeza, /
 Buen Dios a quien
 nunca veo, /
 Y levanto
 asombrada los ojos, /
 Hacia el alto firmamento, /
 Que llenaste de mundos
 y mundos... /
 Toda conturbada, pienso, /
 Que soy menos
 que un átomo leve, /
 Perdido en el universo, /
 Nada en fin...
 y que al cabo en la nada, /
 Han de perderse mis restos. /

En la segunda parte del poema la escritora se vuelve ya hacia sí misma. Después de reconocer sus límites y su fragilidad como elemento constituyente también del cosmos, acude ahora a la experiencia personal. Su dolor y sus dudas se disipan ante la humanidad de un Cristo que sigue recordándonos con su Cruz que, ante todo, y a pesar de nuestra pequeñez, tuvo sentido morir por nosotros. De lo inmenso e imposible de comprender por nuestro pensamiento se pasa a la dimensión humana de Dios, salvador en la muerte de Cristo y en las pequeñas muertes que nos acompañan cada día:

Más si cuando el dolor
 y la duda, /
 Me atormentan,
 corro al templo, /
 Y a los pies de la Cruz
 me refugio, /
 Busco ansiosa
 implorando remedio, /
 De Jesús
 el cruento martirio /
 Tanto conmueve
 mi pecho, /
 Y adivino tan dulces
 promesas /
 En sus dolores acerbos, /
 Que cual niño
 que reposa, /
 En el regazo materno, /
 Después de llorar,
 tranquila /
 Tras la expiación
 espero, /
 Que allá donde
 Dios habita, /
 He de proseguir
 viviendo.

Mas si cuando el
 dolor y la duda, /
 me atormentan, corro
 al templo, /
 Y a los pies de la
 Cruz me refugio, /
 busco ansiosa
 implorando remedio.

ROSALÍA DE CASTRO



Llamo sobre el Cristo muerto, Giotto, 1302-1305. Capilla de los Scrovegni (Padua).

Como podemos observar, al final del poema el nudo que ata ambas partes tiene forma de esperanza. Y esa esperanza se expresa en la certidumbre de que detrás de cada escalofrío y al final de nuestros días empieza la verdadera Vida. Para ello lleva siglos cantando buena parte de la mejor poesía escrita en nuestro idioma. ♦